

# “...CIERRA LOS OJOS Y NARRA...” MEDITACIONES SOBRE UNA MIRADA NARRATIVA DE LA PRÁCTICA ARQUEOLÓGICA

“...CLOSE YOUR EYES AND NARRATE...” MEDITATIONS ON A NARRATIVE VIEW OF THE ARCHAEOLOGICAL PRACTICE

D'AMORE, LEANDRO<sup>I</sup>

---

ORIGINAL RECIBIDO EL 15 DE SEPTIEMBRE DE 2013 • ORIGINAL ACEPTADO EL 10 DE DICIEMBRE 2013

---

## RESUMEN

El texto expone una visión narrativa de la práctica arqueológica. El tema es la narrativa, tratada como un estatuto cognitivo que insistentemente se presenta en la naturaleza de la práctica arqueológica y sus representaciones del pasado. El propósito es presentar sólo algunos tópicos de la incidencia y pertinencia de la narrativa, a veces encubiertos de manera tácita y otras veces manifiestos en la arqueología como disciplina occidental. En el texto se ensaya una perspectiva particular dada por: el reconocimiento de una configuración narrativa de la práctica de conocer el pasado, el dilema tradicional entre ciencia (que explica) y literatura (que narra), y la trayectoria hacia una aptitud narrativa.

PALABRAS CLAVE: Narrativa; Lenguaje; Arqueología; Pasado; Objeto; Excavación.

## ABSTRACT

The text presents a narrative perspective of archaeological practice. The theme is the narrative treated like a cognitive status insistently presents in the nature of archaeological practice and its representations of the past. The purpose is to present only some topics of the incidence and relevance of narrative, sometimes tacitly covert and sometimes manifest in archaeology as Western discipline. The article tests a particular perspective through: the recognition of a narrative configuration of the practice of knowing the past, the traditional dilemma between science (that explains) and literature (that narrates), and the course towards a narrative aptitude.

KEYWORDS: Narrative; Language; Archaeology; Past; Object; Excavation.

---

<sup>I</sup> ESCUELA DE ARQUEOLOGÍA, UNCA. AV. BELGRANO 300 (CP 4700), SAN FERNANDO DEL VALLE, CATAMARCA, ARGENTINA • E-MAIL: kawabatakira@gmail.com

“...la arqueología es una práctica textual desde el trabajo de campo a través del laboratorio y dentro de todas las formas de diseminación...” (Joyce 2002: 2).

## ADVERTENCIA

Ninguna disciplina científica se constituyó como tal, o construyó sus objetos de estudio, sobre *esto* y *aquello* inefable, indecible, sino sobre objetos nombrados; necesitó nombrar la entidad si quería transformarla. Esto sucede hasta el día de hoy. La ciencia necesita de un contenido, y esa sustancia necesita de una palabra que la contenga y contemple su significado: el nombre. La práctica de nombrar es fundamento de toda pragmática de una clasificación y división del mundo cognoscible. El nombrar tiene su máxima expresión en la escritura como instrumento occidental de dominación, de los otros; y a su vez la escritura, es la condición necesaria de la *episteme* de la ciencia moderna que posibilita su objetividad (Derrida 2002 [1967]; Foucault 2002 [1966]; Virno 2004). Para Wittgenstein (2004 [1958]) el lenguaje primitivo, preliterar y ostensivo de *esto*, *aquello*, *aquel*, es revestido por el lenguaje figurativo de nombres y conceptos; conjuntamente forman los juegos del lenguaje ordinario de la vida cotidiana, pero sólo el mundo de los nombres y conceptos pertenece a la epistemología y la filosofía de las ciencias. Sustancias nombradas, objetos ideales, forman todo el repertorio del vocabulario científico y figurativo de la arqueología, distinguiéndola como disciplina occidental dentro del campo académico de desarrollo. Más significativo es que el lenguaje que la arqueología usa al escribir y hablar en tanto disciplina científica se ofrece como significante de la demarcación de una idea de mundo, de realidad, en el pasado y en el presente, que a su vez, determina la distinción entre el afuera y el adentro, lo mundano y lo específico, lo universal y lo particular, lo transcendental y lo empírico, lo ideal y lo material. En todas estas demarcaciones, específicamente entre lo nombrado y lo innombrable, se conciben

sus particulares objetos y temas de estudio. Siempre el uso del lenguaje incorpora alguna forma de subordinación y/o exclusión<sup>1</sup>.

## LA APERTURA

La relevancia de la narrativa en la investigación arqueológica no es algo difícil ni polémico de comprender; es bastante obvia, siendo imposible que otros no la hubieran advertido, por lo menos ocasionalmente. Durante la segunda mitad del siglo XX, el predominio de una investigación basada en datos cuantitativos y suposiciones positivistas y conductistas sobre causa, efecto y prueba, marginalizó el estatuto cognitivo de la narrativa fuera del discurso de la investigación arqueológica<sup>2</sup>. Recién cuando aparecen las cuestiones referidas a la problemática de identidad y autoridad argumentativa, y sobre qué tipo de discurso acerca del pasado fomenta la arqueología, es que surgen en escena estudios que ponen en contexto a la arqueología como una *representación literaria* del mundo entre *otras* tantas representaciones diferentes<sup>3</sup>. La crisis de representación que se vino experimentando en la problemática literaria de la Historiografía y la Antropología (Marcus y Fisher 2000; McDonald 1999), tuvo notorias implicaciones en la manera en que se dota de autoridad a las narrativas arqueológicas. La agenda de investigación en arqueología paulatinamente puso en reflexión cómo identificar la retórica, la narrativa y el diálogo en tanto tópicos cruciales para el estudio del pasado; asociando la práctica de escritura del/la arqueólogo/a con la de los historiadores y los etnógrafos (Colomer *et al.* 1999; Edgeworth 2006; Shanks 1992; Shanks y Tilley 1987; Tilley 1991). Entonces, la arqueología empezó a ser considerada desde una postura crítica que la identificaba como una disciplina comprometida en el presente con la construcción persuasiva de narrativas acerca de un pasado imaginado (Joyce 2002; Pluciennik 1999). De esto se entendía, que las historias que los/as arqueólogos/as contaban eran leídas e interpretadas por una audiencia diversa que exce-

día las fronteras disciplinares y académicas, y esto tenía que ser pre-entendido en el diálogo que establece continuamente la práctica arqueológica con otros saberes. Hoy se acepta que el conocimiento narrativo del pasado que produce la arqueología está unido a muchas voces fuera de la disciplina (Allen y Phillips 2010; Bond y William 1998; Gnecco 1999; Haber 2011; Joyce 2002)<sup>4</sup>.

Es generalizado concebir a la narrativa y la narración como manifestaciones de una estructura discursiva de presentación de los datos, desde los reportes de registro de excavación hasta los manuscritos de publicación en revistas y libros. Una narración que se fija en un texto hace referencia a un estilo o modo de escribir, fijar *el decir* en *lo dicho*, una forma literaria que sirve de estrategia para la investigación y representación de acontecimientos reales o imaginarios ocurridos en el pasado (Ricoeur 1999). Mientras que el discurso puede ser asociado a todo el saber presupuesto, ideológico, semioprático, que sostiene y conlleva particulares pensamientos, razonamientos y expresiones; por su parte, la narrativa concierne directamente, aunque no exclusivamente, a la práctica de escribir, a todo el saber tácito y explícito de la configuración de una trama que define un estilo de escritura, que de forma distintiva organiza y relaciona datos, evidencias, hechos y acontecimientos que contribuyen a conformar historias específicas (lo que se conoce como formas retóricas del discurso, los tropos o géneros literarios) (White 1978). Una historia escrita es una devolución transformada de la tradición oral de esa historia, porque en el amplio espectro de la oralidad se van estructurando las maneras posibles de narrar en la escritura (Benjamin 1936 [1991]). Sin pretender por ello establecer que lo que se dice en el habla es un fiel reflejo de lo dicho fijado por la escritura. En general, la narrativa es un objeto de estudio conformado por cuatro dimensiones: tiempo (forma), estructura (contenido), voces (autor/a/es/as) y punto de vista (trama); y es abordada desde tres instancias constituyentes e inseparables: los eventos narrados,

el discurso oral o escrito y el acto de contar o narración. Cualquier narrativa se estructura con relación al tiempo o a una temporalidad, simplificando e imponiendo su propio orden a la realidad (Carr 1986; Ricoeur 1996). En este sentido, la arqueología adquiere una visión vertical gracias a la estratigrafía, especialmente una noción de tiempo lineal que enfatiza claramente la estructura narrativa en cuanto a la explicación del pasado (D'Amore 2002, 2007). En términos generales, el estudio de las narraciones sobre el pasado sirve para evaluar las fuentes de autoridad que son utilizadas para argumentar sobre el cambio y los patrones culturales en el tiempo; y de esta manera, la cuestión narrativa se involucra con la comprensión del problema de *cómo contar*, "*cómo dar cuenta de*", tan recurrente en la literatura contemporánea de ficción y no ficción.

La comprensión de una visión narrativa de la práctica arqueológica gira en torno a tres ejes: 1) un sujeto cognoscente constituido intrínsecamente por el lenguaje figurativo; 2) un contexto epistemológico en el que tiene lugar una dualidad del conocimiento arqueológico como histórico: entre el trabajo de investigación para *hacer una historia* y *la escritura de una historia* de una parte del pasado; y 3) una tensión permanente entre la huella (dato arqueológico) y el argumento (el hilo de la interpretación arqueológica). Una posición narrativista en arqueología puede ser identificada en la forma en que se manejan datos cualitativos que marcan situaciones particulares en la construcción de una historia acerca de un tema particular de una parte del pasado. De una historia del pensamiento arqueológico es posible apreciar cuatro formas de distinguir un acercamiento hacia esta postura: 1) la atención sobre las relaciones entre los participantes, los elementos y las partes de una investigación (la relación íntima entre el observador y lo observado), 2) el desplazamiento de usar números y cantidades a emplear metafóricamente las palabras como datos, 3) el foco sobre el carácter particular, local y específico del contexto del caso de estudio, y 4) la aceptación de géne-

ros alternativos de conocimiento (*otras epistemologías*) (Pinnegar y Daynes 2007).

Los/as arqueólogos/as crean representaciones del pasado a través de prácticas literarias que reproducen simultáneamente a su disciplina; ellos/as crean narrativas desde los momentos iniciales de su investigación en el trabajo de campo produciendo distintos textos (Edgeworth 2006; Jones 2002; Joyce 2002; Lucas 2001). La narrativa constituye a la arqueología mucho antes de que la mano de un/a autor/a escriba con lapicera las hojas de un texto (o presione las teclas de una *notebook*).

## LA DISYUNTIVA

Un tradicional dilema, todavía actual, discurre en el ámbito de la ciencia neopositivista o postempirista, interactúa con la formación de la disciplina de la arqueología. Por un lado, el discurso científico se establecía como declaración demostrativa en el cual los protocolos lógicos usados para hacer las proposiciones estaban adheridos a una universalidad de los estados de las cosas reales en el mundo (Bunge 2004; Schuster 2002): era común el uso del lenguaje referencial que constataba las pruebas para la reivindicación de una verdad. Entonces, dentro de este parámetro, una narrativa debía corresponderse con eventos reales y debía estar unida a un sentido válido por referencia externa o experiencia directa (el conocido principio verificacionista del significado<sup>5</sup>) (Danto 1989; Polkinghorne 1988). La narración se entendía como una forma de escribir que no aportaba ni agregaba significado especial a los eventos descriptos, sino que sólo se trataba de una mera representación ornamental sin valor de verdad o de contenido informativo (White 1992); por lo que la narrativa no afectaba significativamente y/o performativamente al contenido real y verdadero del pasado. En este sentido, la manera en que el/la arqueólogo/a escribe sobre el pasado está sometida y condicionada por el contenido de los análisis, la inferencia

empírica de los datos y la explicación causal de los hechos, opacando así el contenido diferencial que posee la forma de contar los acontecimientos. Para éste posicionamiento el conocimiento del pasado es una cuestión de afirmaciones garantizadas por la objetividad de la descripción de primera y segunda mano de las evidencias y documentos materiales. Consecuentemente, el estilo de narrar se circunscribe a que la escritura sea un espontáneo medio literal y transparente que crea la ilusión de que un texto arqueológico es una ventana abierta para ver el pasado, en el que las figuras retóricas son instrumentalmente elegidas para expresarse con literalidad sin perder ningún detalle realista.

La aparente dicotomía entre ciencia (que explica) y literatura (que narra) se fue haciendo cada vez más borrosa en la práctica de estudiar el pasado. Por consiguiente, se halló otra postura, que sin negar la anterior propone repensarla, a partir de privilegiar las condiciones performativas, figurativas, estéticas, retóricas e ideológicas de los usos del lenguaje en la escritura de la historia o de cualquier narración acerca del pasado (Polkinghorne 1988; Ricoeur 1996). Se asume que detrás de toda verdad, en este caso científica, existen intereses, valores y poderes que transforman, moldean y distorsionan sus objetos de estudio (Hacking 1998; Nagel 2000). Este es un posicionamiento donde un texto que versa sobre hechos pretéritos no sería una copia perfecta de un pasado ausente que ya fue, no es referencial de *un pasado en sí* porque sus declaraciones no lo pueden verificar, tan sólo es una interpretación que es autoreferencial con su discurso: el mundo del texto y del/la autor/a, y que está en concordancia o rivalidad con otras interpretaciones (Ankersmit 2011; Barthes 1987). Las afirmaciones de verdad en relación a ciertos hechos del pasado necesitan de una configuración que las dote de sentido, que las haga significativas con los antecedentes y los contextos de estudio, y esto es ubicarlas en un relato o una narración. La escritura condiciona el significado de cada declaración de verdad sobre un

hecho particular: en relación a otros hechos y dentro de una totalidad narrativa. Aquí la narrativa constituye un estatuto cognitivo que dota de significación la realidad del pasado en los términos socialmente posicionados del/a autor/a responsable de su escritura (White 1992). De esta manera, los sujetos al contar y explicar una historia, en los términos que ellos eligen, no sólo están complementando de sentido al pasado, sino que su actuación mediante la creación de una narrativa es performativa de su presente.

## EL CAMINO

Para O'Brian, Lyman y Schiffer, en el libro "El procesualismo y su progenie" (2005), escribir una historia procesual implica *hacer una crónica* de lo que sucedía cuando los sujetos hacían su vida en el pasado. Pienso que esta declaración no es suficiente para justificar la construcción de una historia. La comprensión de dos perspectivas es indispensable para ello. Primero, *la historia como narrativa*. No captar la narratividad de los acontecimientos no se debe tan sólo a no "...manifestar un adecuado interés por el tratamiento juicioso de las pruebas, [...] respetar el orden cronológico de la sucesión original de los acontecimientos, [...] no basta que un relato trate de acontecimientos reales en vez de meramente imaginarios..." (White 1992: 20 y 21), o identificar las causas y efectos colindantes de cómo ciertos rasgos culturales se desarrollaron. Es preciso que los sucesos ocurridos en el pasado sean relatados revelando una estructura narrativa, la construcción y configuración de *un argumento* o *una trama*, que dota de significación a los sucesos de una manera que no lo hace la mera secuencia cronológica (como en los anales y las crónicas)<sup>6</sup>. La trama dota de un significado que reúne a todos los acontecimientos, este significado como totalidad es una estructura marcada por una situación inmanente a la sucesión cronológica, que no sólo se establece como una imposición, sino que señala que los acontecimientos reales son capaces de encontrar su rol en la narración,

es decir, de contribuir a la narrativa más allá del lugar que ocupan en un orden cronológico (Ricoeur 1987). Segundo, es preciso considerar *la historia como presente*, que es la historia determinada por el acto de escritura, que a su vez está dado por la capacidad reflexiva de cualquier sujeto para explicar e interpretar las causas y consecuencias de sus propias acciones e intenciones, y de ahí las de los demás, otros/as. En este sentido, pareciera que para aquellos arqueólogos (O'Brian *et al.* 2005), vinculados al procesualismo, el único sujeto activo en la crónica es su autor/a, mientras que los sujetos que vivieron la historia a partir de la cual se reconstruye la crónica de sucesos, permanecen inactivos o pasivos ante lo que les sucede. De esta forma queda sin cuestionamiento el típico problema de cómo insertar la idea de un individuo performativo en la historia de los procesos y estructuras que explican el pasado (Joyce 2002; Shanks y Tilley 1987; Thomas 1996; Webster 1996). Al respecto, es ineludible retrospectivamente significar *la historia como pasado* pensando en lo que los sujetos hicieron a través de cómo ellos/as negociaron sus representaciones de los otros/as y de su propio pasado (Pauketat 2001). A esto último se arrima el interrogante paradójico de si ¿escribimos historias de personas sin pasado?

Los relatos acerca de sucesos pasados son interpretaciones del mundo formalizadas en narrativas por parte del/a arqueólogo/a. Al sostener que los sujetos sociales interpretan el mundo y orientan su acción a través de sentidos sedimentados en sus modos de vida, tanto en el presente como en el pasado, se puede pensar que las narrativas ya no son meros relatos sobre acontecimientos narrados desde cualquier tipo de secuencia arqueológica, sino que también constituyen orientaciones para la acción. Esto es que, por un lado, se orienta al destinatario acerca de la forma de interpretar los eventos narrados; y por otro lado, la relación entre la narrativa y el evento relatado no es especulativa sino que la realización de la narrativa es en sí misma una construcción del evento, es performativa:

no solo representa sino que crea el evento. Las maneras en que los sujetos sociales entienden, comprenden y dan sentido al mundo social, material y natural en el pasado y en el presente se manifiestan en narrativas. En la práctica arqueológica, la secuenciación causal que se desprende de la narrativa de acontecimientos de una secuencia de procesos de formación, no sólo se trata de un relato de esas sucesivas historias pasadas, sino que más allá de ello, los eventos narrados son contruidos por los/as arqueólogos/as en tanto que éstos/as ponen en juego sus propios valores y formas de interpretar el mundo en la práctica de narrar, dando pistas a sus destinatarios acerca de cómo evaluar los eventos narrados del pasado. Este posicionamiento, por ejemplo, permite pensar en el registro de excavación como una paulatina construcción literaria que crea y narra descripciones, explicaciones e interpretaciones, formando historias, posibles relatos de cómo la materialidad de los restos, que sobrevivieron de prácticas pretéritas, interactúan con las acciones de los/as arqueólogos/as en la actualidad, y este es un movimiento hacia la comprensión de cómo las condiciones materiales creadas por los sujetos en el pasado debieron haber estructurado sus relaciones sociales con el paisaje en el que vivieron. Esas historias del pasado “...son también nuestras historias excavadas, registradas e interpretadas hora tras hora por y a través de nuestras manos, ojos y mentes en la actualidad...” (Chadwick 2010:10). Todo esto se conjuga en una idea de historicidad de nuestros encuentros en la excavación, en la cual el/a arqueólogo/a es un ser histórico que debe historizar su posición como observador/a de lo que descubre y autor/a de lo que escribe, debido al hecho “que desde el presente sólo se entiende el pasado porque se es en sí mismo un ser históricos formado en el pasado” (Gadamer 1991).

#### HACIA UNA APTITUD NARRATIVA

Una introversión del asunto es *la aptitud narrativa* en el encuentro con el registro arqueológico

y la cultura material. Es una cuestión que produjo pensar que este potencial narrativo puede ser puesto en práctica o tener reminiscencias en dos particularidades: la capacidad de *seguir una historia* (que conduciría el acto de escritura del registro arqueológico) y un argumento metafórico de la representación de la realidad física del objeto arqueológico (asociada a la conocida cuestión de la reificación de la cultura material). Con el apelativo *aptitud* se quiere definir a la narrativa no sólo como *una forma o manera del ser o estar* (actitud), sino como una capacidad de *ser apto e idóneo de hacer algo* de una manera distinta a otras, que repercute en un conocimiento práctico en la manipulación del mundo. En este sentido, la aptitud narrativa parte de un acto de habla que por decir y en el decir se hace algo, y esto se perfila con la performatividad<sup>7</sup> de crear y organizar realidades en el mundo, conjuntamente con la capacidad referencial de la dimensión enunciativa del lenguaje. Es una aptitud que devendrá en la confluencia de la capacidad del lenguaje y la experiencia con el mundo real.

#### SEGUIR UNA HISTORIA

Para comprender un discurso narrativo es necesario poseer la capacidad o aptitud previa de seguir un relato. Esta facultad está en potencia ineluctable en toda práctica o acto de lectura y de escritura, deviene de la facultad del lenguaje. Cuando se sigue una historia, se está comprendiendo la sucesión de acciones, pensamientos, sentimientos, situaciones o circunstancias, que se desarrollan hacia una dirección concreta por la expectativa y la intriga que se impulsan entre el comienzo y el final de una historia, de un texto, de un diálogo<sup>8</sup>. El ámbito y la capacidad de contar y seguir una historia subvierten la relación sujeto-objeto. La historia que se cuenta no puede tratarse como un objeto al que se enfrenta, ya que a medida que se cuenta y se sigue la historia se forma parte de lo que se está contando; sujeto y objeto se copertenece en un mismo ámbito en una experiencia temporal intersubjetiva (Ricoeur 1999). En otro sentido, seguir

una historia en una narración es un proceso de comprensión que necesariamente no lleva impreso conclusiones, siempre parece que se está pensando en un paso más allá de donde se encuentra, o es como tener un presentimiento intuitivo de ¿cómo sigue? el relato y por ello inarticulable con un final; justamente por eso "...no hay narración alguna que pierda su legitimación ante la pregunta: ¿cómo sigue?..." (Benjamin 1936 [1991]: 14), más aun la define exclusivamente.

La idea de *seguir una historia* es en tanto sea considerada una capacidad que nos une al otro en el escuchar y el decir. Al seguir una historia, se puede ir entendiendo una narrativa de varias maneras, construir y unir los hechos de formas diferentes, y esto nos distingue a unos de otros. Esta es una capacidad aprendida que se ejercita todo el tiempo, que cuando la adoptamos y usamos le conferimos nuestra distinción con los demás. Comprender al otro es comprender la manera en que seguimos su historia, y esa manera nos dice cómo entendimos la historia entre sus elementos y caracteres que nos afectaron, que sentimos como propios o no. Entendemos y comprendemos un texto de historia, de antropología, de arqueología, una novela, o una película del género que sea, porque seguimos la historia que se cuenta<sup>9</sup>. Esta es una capacidad que incita una lectura de cualquier texto o sistema de signos y se enfrenta a una o varias referencias: puede que el texto posea un significado relacionado a un referente en el mundo (fuera del texto) o que el texto posea un significado autoreferente. Estas posibilidades son aceptadas o supuestas en tanto que los/as arqueólogos/as son lectores/as que poseen una sensibilidad (subjetividad) ya constituida, educada y preparada para responder si una obra cualquiera ante ellos/as (el registro arqueológico) no significa nada (no se refiere a nada) o es válida significativamente. La capacidad de seguir una historia es una estructura básica de comprensión de la experiencia humana, y desde la cual se considera la cuestión de "¿por qué los seres humanos son animales que cuentan historias?" (Pluciennik 1999: 654).

Parece que la capacidad de *seguir una historia* convive en un binomio trabado en una lucha entre un *textualismo occidental* versus su contraparte de que *no hay nada fuera del signo* (o fuera del texto) (White 2011). Por un lado, es frecuente que antepogamos un realismo cuando vemos el mundo o interpretamos algo de él, como si este fuera un texto o cualquier otro sistema simbólico. Es lo que sucede en el encuentro con el registro arqueológico en el trabajo de campo. Esta es una particularidad en la cual se es educado y adiestrado en la escuela, la secundaria y en la universidad: buscamos maneras válidas de contrastar nuestros enunciados, es decir, probar su verdad o si son falsos; nos preocupa todo el tiempo si el lenguaje que usamos se refiere o no a una realidad externa, externa a sus signos, de que las palabras se correspondan y denoten cosas de un mundo posible fuera de nuestras mentes; se niegan las diversas maneras de crear ficciones de la realidad, se reniega de toda insinuación de obras abstractas, de la poesía, la música alternativa o de los mensaje subliminales de publicidades comerciales. Por otro lado, en contrasentido, existe la creencia que es imposible de completar y sustanciar cualquier referencialidad de los juegos del lenguaje, donde todo signo se refiere a otro signo interpretante y no a una cosa exterior, haciendo indiscriminado o indistinguible la distinción entre significado y significante en un diálogo o un enunciado, y de cualquier otra distinción como entre la interpretación y lo interpretado, intención y acción, literalidad y figurativo, texto y contexto, y más. Sin reparo alguno este hecho puede conducir a una parálisis de la comunicación e interpretación con el mundo y con los otros: *no hay nada; y si lo hay, no lo puedo conocer; y si pudiera conocerlo, no podría comunicarlo*. Pero lo importante es que sin distinciones no tendría lugar interpretación alguna, ¿sobre qué material se permite trabajar la interpretación? Supuestamente cuando se sigue una historia, sea cual fuere y en el contexto que sea, daremos con alguna de aquellas dos partes en disputa, contraponiéndolas o conjugándolas, para conformar los prejuicios hacia lo que se viene interpretando y comprendiendo.

En un sentido práctico, la capacidad de seguir una historia es un fundamento tácito para la capacidad de seguir los flujos y las resistencias materiales a diferentes escalas durante una práctica de excavación arqueológica. Esto gravita en que las capacidades analíticas de *seguir el corte*, *seguir el ritmo* y *seguir lo material* (propuestas por Edgeworth 2012)<sup>10</sup>, que constituyen distintas destrezas necesarias para realizar una excavación arqueológica, son tejidas por una trama que hace de fondo de las experiencias presentes, que configura lo que se hace y no se hace. En este sentido, la capacidad de seguir una historia no es pensada como producto de una teoría analítica ni como base de una metodología, sino como un modo pre-analítico, una conciencia pre-temática, que es una forma de crear y expresar el devenir del corte, el ritmo y lo material en torno a la dimensión temporal de la existencia humana. Siguiendo el artículo de Edgeworth (2012), los tres *seguimientos* consisten en:

- La primera es la habilidad y experiencia de excavar todo tipo de corte o elemento interfacial vertical como pozos, agujeros de postes, canales, huellas-negativos de la deposición de un objeto, desniveles, cualquier tipo de estrato vertical, entre otros rasgos; seguir cómo activamente se va materializando el corte que paulatinamente se descubre en la tierra, seguir la constante realidad cambiante e inesperada que va tomando el corte a medida que se lo excava, las improvisaciones que se hacen durante la excavación del corte, ver y sentir como el corte va emergiendo en tiempo real con la experiencia de excavación, cómo con cada remoción del cucharín o del pincel se dan nuevas manifestaciones del corte en la superficie de excavación, cómo sucede la performance de la velocidad y la repetición de la remoción de sedimento al ser marcadas por el corte emergente, y cómo progresivamente distintos rasgos incorporan novedades que encarnan distintas trayectorias no previstas por las estrategias de excavación preestablecidas.
- La segunda radica en seguir una direccionalidad del artefacto (o cualquier entidad descubierta en excavación) hacia el sujeto (el/a arqueólogo/a), que sería un tipo de sociedad intersubjetiva entre ellos, en el que el objeto marca un sentido práctico inmediatamente frente a su manipulación por el cuerpo humano, estableciendo posibles usos en los cuales ellos pueden ser clasificados y ritmos con los cuales ellos pueden ser utilizados: maneras de asir, agarrar, girar, tirar, sostener, mover, que dirigen y predisponen a adoptar pasos, posturas y presentaciones de movimientos de manipulación y exploración de las formas materiales. Seguir cómo suceden las experiencias multisensoriales con los objetos que se descubren, de qué formas el cuerpo humano va interpretando los artefactos a través de un lenguaje y gestos corporales. Advertir de la imposición de limitaciones, movimientos y trayectorias que los objetos disponen sobre el cuerpo del excavador. Anotar las relaciones de resistencia y contigüidad entre los materiales, los gestos corporales y los flujos y ritmos de las experiencias sensoriales.
- La tercera reside en tomar nota de todas las fluctuaciones y movimientos materiales que suceden en el sitio arqueológico y de los cuales emergen los patrones de las evidencias arqueológicas; preponderando las fluctuaciones independientes de la voluntad de los integrantes de la excavación, es decir, los movimientos naturales de las cosas, pero que tienen incidencias dinámicas en los gestos corporales siguiendo la excavación de los rasgos arqueológicos y la toma de decisiones de cómo seguir o no seguir la profundización del sitio. Aquí también se hace alusión al compromiso que posee el/a arqueólogo/a con el movimiento material de las evidencias arqueológicas desde los términos de la dimensión táctil de la práctica de excavación.

Todas estas experiencias y acciones ocurren antes y durante el acto del registro de los ras-



gos que se excavan, van representándose en la escritura de las distintas planillas de registro y en dibujos y esquemas en planta y sección. La escritura del registro da notación del significado expresivo, apelativo o comunicativo de los movimientos y gestos corporales en las tareas de excavación. La capacidad de seguir una historia introduce a la narrativa ya no como algo externo sino como constitutiva de la acción, es parte de su intencionalidad y función, y esto constituye el estatuto cognitivo de cualquier experiencia ordinaria con el mundo cuando se excava, se toca, se observa, se escribe<sup>11</sup>. La experiencia directa con el mundo material que se mantiene durante el trabajo de campo, posee una trayectoria histórica, flujos y fluctuaciones que marcan un itinerario que puede ser seguido como cuando se sigue una historia. Seguir la historia o aquellas historias del corte, el ritmo y lo material en una excavación, se enfrenta y a veces se opone a una forma de excavar conformada por métodos y técnicas que aspiran a una universalidad, porque las experiencias con las que se nutren esas historias en cada sitio son particulares. Y en la articulación de estos dos ámbitos en puja, el de ciertas preconcepciones metodológicas y el de las experiencias personales y colectivas, se reconoce el poder formador de las cosas materiales, que puede quedar inscripto en las sorpresas, contradicciones, desafíos y confusiones que producen en las ideas preconcebidas de las técnicas de excavación, transformando así el conocimiento.

En el marco de una aptitud narrativa, las herramientas de excavación inscriben el proceder del/a arqueólogo/a encima de hojas de superficies que se suceden unas sobre otras; como si fuera un libro ya escrito es así como se entabla la relación con una estratigrafía arqueológica de un sitio. El/a arqueólogo/a excava como si escribiera, y lee lo que escribe como interpreta lo que excava. Un/a autor/a es a un libro lo que el/a arqueólogo/a es a un sitio arqueológico, y la técnica de excavación es la gramática, el método de escritura. Una de las cosas que fluyen en la excavación

son las palabras, los enunciados, los diálogos, la comunicación, y esta fluidez se sigue y se transmite a la escritura, no de cualquier tipo de escrito, sino que varios géneros del discurso pueden solaparse en los reportes de los registros diarios<sup>12</sup>. Por el lado de los objetos hallados, éstos cobran vida en las narrativas de los reportes, como cuasi-personas protagonistas de ciertas historias que se cuentan, historias de descubrimientos, de relaciones estratigráficas, de procesos de formación, de prácticas y acciones humanas pretéritas, de eventos paleoambientales, de técnicas de excavación, de momentos infortunados, de acontecimientos sorprendidos y felices, ocasiones graciosas, y más. De la misma manera que se presenta la resistencia del campo material frente a los puntos de vista preestablecidos (Witmore [inédito]), la escritura también resiste como tachadura, porque cuando queda escrito lo que se dijo y se cometió un error, se puede borrar o no según con que se escriba, pero tachar sería una huella que oculta algo, una sedimentación, ya no una desaparición. La escritura resiste como destino inevitable de la expresión, "ya está escrito... lo que vendrá... lo que voy a hacer... será sobre eso", y la escritura sigue.

La sensibilidad de la mano experta que manipula inteligentemente la excavación tiene la fisonomía de la mano que dirige una escritura, haciendo de la excavación como escritura un trabajo artesanal. La escritura aparece en "El narrador" de Walter Benjamin (1936 [1991]) al amparo del rol que cumple la mano en la producción del arte de narrar, se destaca el semblante táctil del carácter artesanal de la escritura, como un aspecto sensible que no es exclusivo de la voz, sino de gestos armónicos entre alma, ojo y mano (citando a Paul Valéry) que gravitan en múltiples formas sobre lo enunciado, porque "...es la coordinación artesanal con que nos topamos siempre que el arte de narrar está en su elemento..." (Benjamin 1936 [1991]: 20). Es por esta idea de coordinación artesanal, que implica cooperación y concentración en la habilidad de excavar, que la excavación como escritura

ra tiene que ser percibida como un procedimiento creativo e interpretativo, por ello activo en plena transformación, y no siempre como instrumental a una vana destrucción<sup>13</sup>. La peculiar destrucción que se comente por la acción de excavar, ¿es como ir arrancando las páginas después de ser escritas y leídas?; una vez terminada la excavación ¿sólo que la cubierta del libro? La concepción de una arqueología disciplinada por la excavación tiene el pretexto de existir en la modernidad por lo que Walter Benjamin (1973) denominaba *ser productora de ruinas*, y esas ruinas sustanciarían el ideal de pasado para el presente moderno ¿Se puede destruir algo que está en ruinas, destruir la destrucción? ¿La destrucción puede significar para la narración encontrarse con la última página de un libro? Es cierto que cuando se termina de leer un libro por primera vez, su relectura es totalmente distinta a aquella primera experiencia de lectura; y en el caso de un sitio arqueológico al terminar su excavación ¿podemos confiar en que la escritura de forma sólida, útil y única nos permita volver sobre nuestros pasos, *siguiendo las huellas* que dejamos, como *seguir una historia* de las decisiones que tomamos y las estrategias que acomodamos? El atractivo morboso que genera la muerte y las ruinas que deja a su paso la destrucción, es un encanto que lleva a pensar en la arqueología como una necromancia: adivinar que sucedió en el pasado por invocar a los (o sus) muertos; y en este sentido, ¿la escritura puede ser la tumba donde una vez terminado de excavar un sitio, éste es depositado con sus hallazgos valiosos (el ajuar funerario y ritual) para la arqueología? Pese a esta sujeción literaria, la muerte y la destrucción es eso que nunca alcanzan las palabras para definir las, y que escapan a su escritura perteneciendo a lo sublime de su experiencia.

El permanente registro escrito que se realiza durante la excavación, las planillas de registro de hallazgos, unidades estratigráficas, muestra de sedimento, elemento único, mampostería, Hojas del Día<sup>14</sup>, y otras anotaciones personales y grupales, en su conjun-

to poseen la fuerza analítica y el potencial conceptual de relacionar formas de hablar (enunciados) con formas de ver. La escritura se corresponde con una forma narrativa heterogénea porque el habla y la observación no se capturan mutuamente de forma coherente y ordenada; ambas capacidades no se explican ni se referencian entre sí de forma directa y transparente, *lo que se ve y lo que se dice* mantienen relaciones de fuerza en puja constante, determinando una práctica de escritura que no puede pensarse como una conciliación entre las observaciones y sus significaciones dadas por definiciones, conceptos y nombres (Deleuze 2013). De esta manera, las narrativas que se construyen en la práctica de excavación pueden ser el lugar en el que se sitúan agregados de enunciados: palabras, frases, proposiciones, afirmaciones, interrogaciones, actos de habla, y agregados de tangibilidades conformados por objetos, cosas, experiencias sensibles, sensaciones. Estos agregados se entremezclan marcando focos de resistencia y poder en los usos del lenguaje con relación al mundo representado y significado (Edgeworth 2012; Witmore [inédito]). Las prácticas discursivas y no discursivas son cómplices en la formación de juegos semi-prácticos en los que se despliegan saberes, poderes y deseos. No hay conocimiento que no sea poder y todo poder compromete deseos (Deleuze 2013).

#### METÁFORA Y FICCIÓN SÓLIDAS

Desde un presunto realismo material la relación que mantiene el pasado con los objetos arqueológicos es de reificación, usar un lenguaje observacional para la representación de una parte del pasado *como si este fuera* un objeto cosificado para su estudio. Los objetos reifican un pasado en sí, lo traducen en una cosa que puede ser un cuasi-objeto fuera del investigador y que posibilita, desde esta independencia, su estudio (Childe 1979; Binford 1984; Margulis 2006; Schiffer y Miller 1999). La condición material de los objetos es trasladada al pasado, convirtiéndolo a este en real ¿De qué manera se deconstruye esta

objetivación de un pasado reificado en lo material? Un camino no muy placentero es advertir el encubrimiento de un mundo relacional compartido por la autonomía material del objeto arqueológico en la distancia entre el/a arqueólogo/a y la idea de un pasado ecuánime con el presente. El lenguaje a través de expresiones, palabras y conceptos crea imágenes de los objetos arqueológicos que ya no son perceptibles como lo eran en el pasado, pero que los dota de un tipo de realidad para hacerlos disponibles a las maneras de explicación e interpretación que elige el/la arqueólogo/a. Estas maneras en el trabajo de campo son dispositivos interpretativos en los que la narrativa tiene un lugar preponderante, que puede ser identificado en la forma que se manejan datos cualitativos que marcan situaciones particulares en la construcción de historias acerca de un tema específico de una parte del pasado.

La cuestión narrativa parte de un juego semiótico y provocativo entre el reconocimiento de *un nosotros* como arqueólogos/as y una mutua representación de *un otro* en la cultura material. Este es un juego donde *el lenguaje nace de lo que todavía no es lenguaje*. A través de la nominalización que se realiza para reconocer el objeto arqueológico, cuando se le agrega nombre, ese objeto se convierte en un "otro". Este "otro" es como una parte antigua del "nosotros"; el objeto pertenece al pasado pero es el "*sujeto*" quien propiamente dispone su nombre, sea este elegido de manera individual o desde un consenso preestablecido sigue siendo una cuestión de elección perteneciente al sujeto que investiga. Por lo que si en un primer momento el "otro" se establece como lejano, fuera del nosotros, es el nombre y su categorización los que lo acercan al "nosotros". Expuesto así, se distingue una experiencia de la diferencia que define una experiencia *del* pasado por un proceso lingüístico e histórico, que determina la transferencia de significado en la irremediable distancia entre la cosa y el acto de habla que la define; y sin reticencias se desvanece la escisión entre el *nosotros* y el otro en la investigación,

dejando el lugar a *una* identidad establecida entre la praxis (nosotros) y la palabra (otro) (Agamben 2005; Benjamin 1973). Pero aquí no termina la cuestión. Es posible identificar una similitud entre la experiencia de *lo ominoso* freudiano (Freud 1919 [1988]) y la manera que se experimenta el encuentro con el material arqueológico. En este caso no sería preciso remitirse a una sensación de temor, como lo hace Freud, sino a una atracción de curiosidad. Lo esencial que contiene la experiencia ominosa entre el/a arqueólogo/a y el objeto arqueológico es la atracción que causa lo conocido, "*lo otro*", cuando se vuelve desconocido, ajeno, antiguo y que se enfrenta al "*nosotros*". Los objetos arqueológicos tienen una independencia física respecto del sujeto que los investiga; no obstante esa misma independencia es la que participa de lo ominoso en la experiencia del pasado, al convertir tales objetos como partes extrañas de nuestra identidad cultural e histórica. No se investigan como objetos alejados fuera del sujeto (nosotros), sino como objetos que dentro de "nosotros" encarnan una distancia y diferencia entre el pasado y "nosotros". Se admite sin problemas que el objeto pueda estar fuera de "nosotros" materialmente, pero su independencia está (se construye socialmente) dentro de "nosotros", es decretada por decisión del sujeto cognoscente. Dentro de los límites cognitivos de la práctica arqueológica, esa independencia incorporada en "nosotros" se manifiesta en el lenguaje bajo el nombre de la escritura.

La escritura, por ejemplo de un registro de excavación, se asienta sobre esta mutualidad de nosotros/otros, praxis/palabra, conocido/ominoso, y se manifiesta en esa independencia incorporada (o corporalizada) en "nosotros" por una acostumbrada asociación objeto/evento -de acciones pasadas-, que es un binomio que define las relaciones literarias de una interpretación del pasado. Por ejemplo: punta de flecha-caza, lascas de obsidiana-manufactura lítica, fogón-preparado de comida, pozo-restos de desechos, restos óseos-consumo de alimentos, el tipo de cerá-

mica-uso cotidiano y ritual, conana-preparado de vegetales, palas líticas-práctica agrícola, semillas-cultivos o recolección de vegetales, objetos de oro-reconocimiento de prestigio, y así en muchas más. Todas estas relaciones forman una red de presuposiciones naturalizadas en la vida cotidiana de los/as arqueólogos/as. Por lo que son relaciones que no se crean durante y después de la excavación arqueológica. Son relaciones que se entienden antes de producir cualquier tipo de estrategia de investigación. No se sabe, ni tampoco es una preocupación, ¿cuándo empezaron a ser asociados tales objetos con tales eventos y acciones?, pero sí es seguro que sobre esas relaciones se van asentando las interpretaciones a medida que se construyen los datos y las evidencias materiales. Y más importante todavía, es que sobre esas relaciones se va configurando la significatividad de una narrativa en el registro de excavación. Por tal motivo, aun cuando la excavación pueda ser considerada una práctica científica, no por eso proporciona sólo hechos científicos por correspondencia fáctica entre los datos y las evidencias (Jones 2002). Por definición, sólo el sujeto que construyó un objeto o cualquier obra material en el pasado, hace la primera versión interpretativa de ese objeto o esa obra en relación a su contexto socio-cultural en la que se produjo tal realización; por consiguiente, la mutualidad entre objeto/evento es una ficción<sup>15</sup> (de *factio* no *facticio* sinónimo de simulado o falso). Son ficciones en el sentido que son algo ya modelado que sirve para la creatividad de otras interpretaciones, son, así, interpretaciones de interpretaciones, que devienen de la acción de significar algo ya significado y al cual se puede volver a significar indefinidamente. La representación de *lo que ocurrió* en el pasado no es percibida sensiblemente, sino que suele ser una parte provocada por un acto interpretativo de imaginar un tipo de acontecimiento particular en un momento dado del pasado (Shank 1992; Wallace 2004). No obstante, ese acontecimiento se vuelve un hecho cuando se argumenta significativamente que *ocurrió realmente* en el pasado, por estar involucrando en una trama histórica las trazas mate-

riales correspondientes. Por ejemplo, a partir una lectura puntualizada del registro de varias y sucesivas Hojas del Día, repetitivamente el hallazgo de puntas de proyectil solía anunciar la idea de actividades de cacería, pero la práctica de caza sólo se volvió la enunciación de un hecho cuando paulatinamente se la asoció a otras evidencias obtenidas de la manufactura lítica, la arquitectura (parapetos, escondrijos), desechos óseos, la dinámica ocupacional del sitio (estacionaria), el paisaje arqueológico del asentamiento, y todo ello convirtió a un acontecimiento de caza en un hecho que contribuyó a la historia que intentó narrar reiteradamente el *porqué* se ocupó el sitio arqueológico.

Desde la práctica como narrativa de *lo que se hace*, un objeto, considerado arqueológico, es siempre dinámico, no como sustancia, sino como una *performance* de una serie continua de eventos, porque puede ser interpretado de distintas maneras o significar distintas cosas (Shanks 1992; Witmore [inédito]). El lenguaje participa de esa performance en el sentido que todo descubrimiento es un recubrimiento: se *des-cubre* una entidad arqueológica sea esta cualquier tipo de artefacto, corte, estructura o sedimento entre el material térreo, pero al mismo tiempo se la *re-cubre* con categorías nominales para su clasificación, la primera es que sea algo arqueológico (Edgeworth 1991). Mínimamente, la expresión *esto es una punta de flecha*, es un enunciado en el cual no está en juego la verdad de su existencia sino la verdad de lo que es el objeto en correspondencia a una compulsión del lenguaje, ya que su existencia está dada por supuesta por una compulsión de la experiencia. Olsen (2010) juega con las expectativas y la confianza que se tiene del discurso sobre las cosas, *si las cosas fueron investidas con la capacidad del uso ordinario del lenguaje, ellas pueden hablarnos en maneras muy banales, pero también muy imperativas y efectivas: caminar aquí, girar, agacharse, agarrar, salir, etc.*

## LENGUAJE Y EXPERIENCIA

¿El conocimiento del pasado debe ser diferente del conocimiento del mundo presen-

te tal como es dado a la experiencia directa? Este es un interrogante insistente y espinoso de los posicionamientos narrativistas de las disciplinas históricas y sociales. Al respecto, fue importante evaluar las confluencias que se establecen entre experiencia y lenguaje en la emergencia de las representaciones históricas. Una variante propuesta por Ankersmit (2005), es que el lenguaje deje de ser concebido como representacional (Russell y Sausurre) o como un campo de interacción conductual (Rorty y Davinson), para pasar a ser una capacidad que se antepone entre el mundo y el sujeto, con la particularidad que se usaría el lenguaje para no tener experiencia y evitar así los temores típicos de la experiencia directa (Tozzi 2011). El lenguaje como una insinuación de la realidad confronta a la experiencia como un fiel reflejo de la realidad; se puede hablar de cosas, describir objetos, comentar situaciones, que nunca estuvieron dados por la experiencia directa; cualquier sujeto posee la capacidad de expresar enunciados sin que éstos hayan sido verificados por los sentidos del cuerpo. Por ejemplo, pueden ser las distintas maneras en que se intenta ilustrar la nostalgia, la melancolía, la pena, el descontento o cierto regocijo que se siente de un acontecimiento que no se vivió. Por consiguiente, se deriva que el conocimiento arqueológico de una parte del pasado se narra a partir de esa capacidad de lenguaje que posibilita hablar de algo que ya fue y que no se pudo experimentar, pero que nace de la experiencia con lo que todavía no es lenguaje: los flujos, la resistencia y las transacciones materiales de las cosas que forman el registro arqueológico ¿Qué trataría de expresar una experiencia del pasado en una excavación arqueológica?, ¿sólo un lenguaje o lo que se expresaría sólo puede ser mediado por el lenguaje? En este punto, los esfuerzos intelectuales se mantienen entre la cautividad del lenguaje y la experiencia como algo metalingüístico. *Una imagen vale por mil palabras*, este es un famoso aforismo empirista que expresaría esta desventaja del lenguaje sobre la experiencia acerca de una realidad independiente de la mente. Ankersmit (2005) sugiere despojarse de una idea de experiencia

empirista y sustituirla por una *experiencia sublime* que trascienda la separación entre sujeto y objeto. El lenguaje es parte de esa experiencia sublime que permite expresar y figurarse el contacto sentimental que se mantiene con el pasado a través de la memoria. Lo sublime es pertinente para expresar aquello que puede ser real sin haber estado dado por la experiencia, o ser más real que la realidad dada por la experiencia. En este sentido, la realidad del pasado es subliminal. El pasado atraviesa las construcciones de subjetividades al mismo tiempo que la memoria permea las experiencias que se tienen del mundo, y esto repercute en el lenguaje que bajo el nombre de la escritura representa al pasado como historia. La escritura de una historia es una experiencia histórica. El mundo real y el sujeto no se preexisten uno al otro, sino que ambos son preexistentes a las situaciones que los encuentran constantemente y a partir de cuales se establecen las experiencias.

## MADUREZ NARRATIVA

Las disquisiciones expuestas por el texto nacen de un pre-entendimiento, que el interrogante epistemológico de *cómo la arqueología puede representar mejor el pasado* no tiene todavía una justificación apelando a una certeza absoluta, dada por alguna regla o principio general específico, sobre *cómo debería ser la relación entre la forma del lenguaje y el contenido de la realidad*, o entre las palabras y las cosas; mientras esta relación se ampare en una indeterminación, nuestra relación con el pasado será igual. La construcción de una narrativa no es una opción, es inherente a la naturaleza hermenéutica y subjetiva de la práctica de interpretar el pasado. El final es con un pensamiento: *“¿Pues qué cosas escribimos y pintamos nosotros, nosotros los mandarines de pincel chino, nosotros los eternizadores de las cosas que se dejan escribir, qué es lo único que nosotros somos capaces de pintar? ¡Ay, siempre únicamente aquello que está a punto de marchitarse y que comienza a perder su perfume!”*. Esta frase que escribió Nietzsche en “Más allá del bien y del

mal” (2012 [1886]), nos advierte que aquello que siempre está a punto de escaparse continúa apoderándose de los espacios de ficción que construimos para sentir la realidad que nos cobija, y esto nos hace seres históricos e historizantes, vehementes y apasionados por la palabra escrita.

## NOTAS

1. Ante esta exhortación, las indagaciones que se hacen en el texto sobre el modo narrativo del discurso guarda relación con la escritura y la historia, a veces dentro de los parámetros de una historiografía, la literatura y por extensión a la arqueología.
  2. El problemático alejamiento que proclamó la Arqueología Procesual respecto de toda perspectiva histórica, para mostrar que la arqueología científica se oponía a una perspectiva humanística que consideraba importante la construcción de narrativas acerca del pasado para comprenderlo (Binford 1962, 1977, 1987; Watson 1973; Witmore [inérito]).
  3. De algunas posturas indigenistas, postcoloniales y de otras perspectivas alternativas, es posible poner en disputa a la arqueología como una narrativa logocéntrica, colonialista y occidental, la cual debería ser deconstruida y desechada en contextos locales alejados de cualquier comprensión moderna (Allen y Phillips 2010; Bond y William 1998; Francia y Tola 2011; Gnecco 2008; Haber 1999, 2011; Mignolo 2009; Smith 1999). También, aun cuando muchos no lo consideren así, la introducción de análisis de cadenas operativas, la reconstrucción de la vida útil de un objeto, hasta las biografías de artefactos, forman parte de construcciones narrativas que realizan los/as arqueólogos/as distinguiblemente de otros modos de representación de la realidad (D’Amore 2002, 2007; Jones 2002).
  4. La cuestión narrativa es un ámbito donde la práctica arqueológica es disputada: puede ser defendida como ser acusada de negligencia al respecto de diversas situaciones de identidad y pertenencia sobre la intervención del patrimonio cultural. La narración como una categoría de la práctica dada en el diálogo puede enfrentarse a interpretaciones rivales que desemboquen en un reconocimiento de un pasado en disputa, en conflicto. De esta manera no se rehúye al conflicto ni a la diferencia, sino que son dos instancias de preentendimiento de la relación entre arqueología y saberes locales.
- Muchas veces el diálogo entre las comunidades locales con el/a arqueólogo/a es turbulento y distorsionado porque se hace desde la comunicación de metodologías y marcos teóricos específicos. En cambio, la narración de una historia puede conseguir generar un ambiente apacible para un diálogo solidario, no porque sea menos conflictivo, sino que plantea juegos del lenguaje con más posibilidades de relaciones entre categorías del discurso y de la práctica que puede haber en común entre las partes que se disputan el conocimiento del pasado. La narrativa se establece a sí misma como un espacio para el reconocimiento de otras formas narrativas y no narrativas. El hecho vital que fundamenta esto, es que las maneras en que los sujetos sociales entienden, comprenden, negocian y dan sentido al mundo social, material y natural, en el pasado y en el presente, es posible que se manifiesten en narrativas.
5. El interés por delimitar el ámbito de la ciencia y la inquietud por lo que puede decirse con sentido y lo que no (sinsentido), tomó la forma de este principio. La tendencia verificacionista dice que las proposiciones hechas sobre las realidades existentes en el mundo solamente tienen sentido si se prueba su verificabilidad. La única excepción a este principio fueron las enunciaciones lógico-matemáticas (analíticas), consideradas que no podían verificarse pero que sí gozaban de veracidad en cuanto que sus términos de base eran verdaderos. Esto se convirtió en una forma de tautología científica (viciosa), dejando aparte todo lo que pertenece a la metafísica. Es en torno al significado que el principio de verificación se hace importante para justificar la responsabilidad de la ciencia en el esclarecimiento de los hechos del mundo. El significado de una proposición consiste en el método para su verificación, que consta en la confirmación o refutación empírica a través de la experiencia de referencialidad directa. Una oración no analítica es empíricamente significativa si, y sólo si, hay un conjunto finito y consistente de oraciones observacionales en las que una característica observable se predica de algún objeto identificable por los sentidos (objetos de la experiencia directa), y de esta forma se deduce el significado de la proposición (Hempel 1950 [1991]). Por ejemplo, las proposiciones “*el lago es azul o la mesa está rota*” son significativas empíricamente por las características observables “*ser azul*” o “*estar rota*”, que se identifican en un objeto de la experiencia directa como “*este lago*” o “*la mesa que está frente a tí*”. Las ideas expuestas por el verificacionismo llevaron a declarar que es imposible

hacer afirmaciones verídicas sobre el pasado. Si se acepta que se verifica sólo a través de la experiencia, o si para saber si algo es significativo tiene que ser confirmado en principio por la experiencia directa, entonces ¿cómo verificar algo que ya sucedió por experiencia directa en el presente, específicamente algo de lo que en el presente ya no existe? De esta manera, se concluía que las oraciones en tiempo pasado no se pueden verificar por medio de la experiencia o la observación directa, por lo que no serían verificables. Esto ocasionó que se declarara un escepticismo del conocimiento histórico ya que era imposible de afirmar o negar si lo que había sucedido en el pasado era verdadero o falso, por lo que las oraciones narrativas eran parte de la metafísica (sin contenido veritativo) (Danto 1989; Polkinghorne 1988; White 2003). Por supuesto que esto ocasionó problemas sustanciales. Aunque sea obvio para el neopositivismo que las oraciones acerca del pasado y el pasado mismo no son verificables en el sentido empírico, no por eso dejan de ser significativos. Se podía aceptar la no verificabilidad del pasado a través de los enunciados que lo expresan, pero no se podía aceptar que no tengan significado tales enunciados. La suposición pertinente es que: no se puede descubrir un método de verificación del pasado que sea tan confiable como los métodos que comprueban las cosas que existen en el presente, porque de lo que ya sucedió no se posee nada que pueda experimentarse por igual en el presente. En este sentido el principio verificacionista vacía de contenido todo enunciado u *oración narrativa* acerca del pasado (Danto 1989). Esta inexactitud epistemológica para entender el pasado, disminuyó la rigurosidad empírica del principio de verificación, desacreditándolo en su totalidad y argumentado a favor de una lógica que estableciera oraciones narrativas veraces acerca de la historia.

6. Para White (1992) la narrativa es un relato con un principio, un medio y un final, y estas tres partes tienen sentido como totalidad por estar sustentadas por un argumento general o trama. En un sentido objetivante la trama de un escrito histórico se asociaría al tratamiento de las evidencias y documentos que dan validez a lo que sucedió realmente (Ricoeur 1999).
7. Este es un poder fundador que Benveniste lo siente y define por instaurar una realidad imaginaria que anima las cosas inertes, hace ver lo que aún no es y devuelve aquí lo desaparecido. Dentro de la voluntad de poder, y desde una visión instrumental, el lenguaje es una herramienta que funciona para nombrar

al mundo y lo que contiene. La instrumentalidad de esta concepción reduce al lenguaje a su valoración como instrumento al servicio de la comunicación por nombrar y sólo informar de los objetos, sujetos y sucesos del mundo. Pero, por el contrario, la performatividad es considerada un poder creativo que instaura, organiza y configura realidades en el mundo, es una acción en el mundo que configura sentidos. Esto último forma parte de la dimensión social y simbólica del uso del lenguaje donde se dota de significados a la realidad. Esto nos conduce a advertir una pragmática de la narrativa, que en el enfoque de Wittgenstein (2004 [1958]) es la praxis lingüística considerada una forma de vida: en la cual su performatividad aparte de ser un acto, una acción o un acontecimiento en el mundo, es puesta en escena dentro diversos juegos del lenguaje donde tiene lugar la interacción y negociación de significados que forman parte de la construcción social y discursiva de lo real. Las palabras y sus infinitas combinaciones viven en y de las relaciones simbólicas y de poder que también establecen y crean (Barthes 1987), así el lenguaje forma parte de la interacción simbólica y de procesos sociales que se disputan identidades, imágenes y representaciones del mundo. De esta manera, la narrativa toma la forma de discurso (Derrida 2002 [1967]; Foucault 2002 [1966]), que a través de su capacidad performativa, legitima y construye el mundo como si fuera un poder que no le rinde cuentas a nadie, y se convierte en una orientación para la acción humana.

8. Ricoeur (1992) explica que no podría haber historia si ésta no imprime una intriga que desate el impulso de seguirla hasta el final, que mantenga pendiente la atención por sorpresas, revelaciones, reencuentros, coincidencias, reconocimientos, dudas. Ricoeur concibe una fenomenología del *acto de seguir una historia* a partir de cómo San Agustín pensaba el presente como una experiencia dialéctica entre: la memoria de un presente de las cosas pasadas, la atención de un presente de las cosas presentes y la expectativa de un presente de las cosas futuras. Entonces, cuando se relata alguna situación histórica o ficcional: se comprende el presente del acontecimiento que se narra en relación al pasado inmediato de la historia, que permanece latente en el acto que sucede en el presente, y en relación con el desarrollo y la intriga de la trama. El recuerdo de la historia, la atención del acto narrativo y la expectativa de anticipar

el desarrollo de la trama, es el lenguaje de la narratividad por la que se entiende la historicidad de la experiencia humana.

9. Por ejemplo, es habitual apreciar la situación de que cuando alguien no puede seguir la historia siente que se perdió; comúnmente se dice que perdió el hilo (el argumento o la trama) de la narración, y si se puede volver a retomar el hilo, se vuelve hacia atrás, una retrospectiva, para reconstruir lo que faltó, para continuar hilando el cuento: seguir la historia hasta el final. Prestar atención que lo enunciado en esta cita no se condice necesariamente con lo explicitado en la cita 10, son dos sentidos dados por dos juegos del lenguaje.
10. Esta es una perspectiva que en la actualidad es sostenida por algunos arqueólogos dentro de una revitalización del materialismo, anunciando el advenimiento de un segundo empirismo (Edgeworth 2012; Witmore [inédito]). Una postura que es pensada desde las reflexiones de Deleuze y Guattari (2004[1980]) que hablan de flujos y rizomas como maneras de pensar la materialidad, con los planteos de Latour (2008) sobre las relaciones de poder que incitan los objetos sobre la capacidad de agencia humana, y que el antropólogo Ingold (2011) se hizo eco de estas ideas para persuadir a *seguir los flujos* y a *seguir los materiales* como un retorno a las cosas o una vuelta a lo material. Por ejemplo, Edgeworth y Witmore tomaron esta visión para describir la formación de distintos lenguajes corporales en interacción con la materialidad de las excavaciones arqueológicas, y cómo las transacciones materiales con los objetos arqueológicos forman y transforman a los/as arqueólogos/as en distintos niveles y escalas.
11. Puede existir la excepción de que seguir una historia necesariamente no suponga una narrativa. Hipotéticamente se sigue esta historia: *“estoy excavando un sedimento de tonalidades de gris y rojizo, sin querer toco con la palma de mi mano la superficie y desentierro el filo de una punta de flecha, en ese mismo momento escucho el final de un chiste que está comentando una compañera al lado mío, al instante alguien me grita de arriba de la escarpa que necesita que la ayuden a tomar la ubicación tridimensional de algunos hallazgos, dejo de excavar, me levanto, camino por el tablón y subo a la escarpa, y allí pido permiso para ausentarme y me voy al baño...”*. A primera vista esto es algo desordenado, discontinuo, de estados de cosas diferentes que no se siguen uno de otro. Usualmente las experiencias y sus devenires se sostienen como instancias pre-narrativas, pero esto no implica que no puedan seguirse o rastrearse. Sin embargo, cuando se hace un registro escrito de esa historia, éste es parcial, en alguna parte de una planilla u hoja se describe la secuenciación causal de acciones de una parte de la historia que sea la más significativa a una cuestión de interés, como la excavación del sedimento y el imprevisto descubrimiento de un hallazgo.
12. El registro escrito presenta la articulación de experiencias sensibles o sensaciones con modos de escritura que relacionan elementos de la objetividad y subjetividad del/la narrador/a dados por expresiones del género personales, descriptivas, interpretativas, interrogativas, valorativas, afirmativas, etc. El discurso está inscripto en las capacidades del lenguaje de identificar, describir y clasificar, pero también está en el reconocimiento del sustrato personal y político de la documentación de las interacciones de discusiones, diálogos, conflictos y entendimientos entre las personas dedicadas diariamente a excavar, interpretar y a relacionarse.
13. Del otro lado se han asociado palabras duras contra el uso de la excavación: extraer para conocer, apropiar para permanecer, destruir para desaparecer. Extirpamos de la tierra cosas en un estado de ocultación para poder iluminarlas con nuestro reconocimiento (científico y cotidiano). Cobijamos esas cosas desenterradas con nuestro lenguaje, categorías de entendimiento, convicciones y convencionalismos, para poder acomodarlas a un mundo moderno. Una vez terminada la excavación, el sitio arqueológico, como en un principio fue conocido, ya no existe; a medida que excavamos los distintos elementos que constituyen al sitio como arqueológico se van desvaneciendo con esa figura de haber sido una ruina del pasado de una forma de vida. En este sentido la excavación es pura destrucción por tanto es un experimento irrepetible. Es tan cierto el materialismo instrumental de que el sitio es continente de algo que representa al pasado y que la excavación es la pala que saca y expone ese contenido, vaciándolo (una lógica extraccionista de la modernidad impartida por el capitalismo), como que un libro contiene una escritura de letras, palabras y expresiones consumidas por el fuego de la lectura, pero que nunca queda vacío de significados.
14. Es un registro diario escrito en una hoja de tamaño A3, que como si fuera una bitácora de un barco, se va registrando todo lo que sucede en el día de excavación en relación a los materiales arqueológicos, a las unidades estratigráficas, y a las personas afectadas a distintas tareas en el trabajo de campo. Son Hojas sin ningún esquema de registro prefijado, el autor responsable del registro elige



el mejor modo de representar la información recabada de todo un día, combinando, según lo desee, dibujos, esquemas, números, colores o expresiones.

15. Este concepto de ficción está ligado al de *mimesis* (Ricoeur 1987), como imitaciones de objetos reales y de ideas; en este sentido los hallazgos arqueológicos son una verosimilitud (que podrían ser reales con respecto a) de los objetos usados en el pasado y las interpretaciones arqueológicas tratarían de lograr una imitación de las acciones pretéritas al explicar cómo podrían haber sucedido realmente. Aquí es interesante la noción de *mimesis* como imitación creadora que utiliza Ricoeur, argumentando que la relación con lo real que establece la metáfora en el lenguaje poético es equivalente a la que mantiene el modelo en el lenguaje científico. Se vincula el uso de los modelos al de la referencia metafórica. El modelo es un instrumento heurístico de redescipción; con él se pretende encontrar, mediante la ficción, una descripción mejor, romper una interpretación inadecuada y abrir paso a otra. A partir de este momento, Ricoeur va a entender la *mimesis* en términos de redescipción, concepto que reúne los dos elementos que le preocupan: el heurístico (o creativo) y el referencial (o denotativo). La redescipción se propone así como una alternativa pertinente a la concepción de la *mimesis* como simple copia de lo que sucedió en el pasado.

## REFERENCIAS CITADAS

AGAMBEN, G.

- 2005 *La Potencia del Pensamiento*. Adriana Hidalgo editora, Argentina.

ALLEN H. y C. PHILLIPS

- 2010 *Bridging the Divide: Indigenous Communities and Archaeology into the 21st Century*. Left Coast Press, California.

ANKERSMIT, F.

- 2005 *Sublime Historical Experience*. California: Stanford University Press.  
2011 *Giro Lingüístico, Teoría Literaria y Teoría Histórica*. Prometeo Libros, Argentina.

BARTHES, R.

- 1987 *El Susurro del Lenguaje. Más Allá de la Palabra y la Escritura*. Paidós, Barcelona.

BENJAMÍN, W.

- 1936 *El narrador*. Editorial Taurus, Madrid.  
[1991]  
1973 *Tesis sobre Filosofía de la Historia*. Ediciones Taurus, Madrid.

BINFORD, L.R.

- 1962 Archaeology as anthropology. *American Antiquity* 11: 198-200.  
1977 Historical Archaeology: is it historical or archaeological? En *Historical Archaeology and the Importance of Material Things*, editado por L. Ferguson. Society for Historical Archaeology Special Publications 2: 169-178.  
1984 Butchering, sharing, and the archaeological record. *Journal of Anthropological Archeology* 3: 235-257.  
1987 Data, Relativism and Archaeological Science. *Man New Series* 22(3): 391-404.

BOND, G. C. y A. WILLIAM

- 1998 *The Social Construction of the Past: Representation as Power*. Routledge, Londres.

CARR, D.

- 1986 *Time, Narrative and History*. Indiana University Press, Bloomington Indianapolis.

CHADWICK, A. M.

- 2010 What have the post-processualists ever done for us? Towards an integration of theory and practice; and radical field archaeologies. [http://www.academia.edu/239345/Chadwick\\_A.M.\\_2001-2003\\_2010](http://www.academia.edu/239345/Chadwick_A.M._2001-2003_2010).

CHILDE, V. G.

- 1979 Prehistory and Marxism. *Antiquity* 53: 93-95.

COLOMER L., P. GONZÁLEZ MARCEN, S. MONTÓN y M. PICAZO (compiladores)

- 1999 *Arqueología y Teoría Feminista*. Editorial Icaria, Barcelona.

D'AMORE, L.

- 2002 *Secuencia de Estratigrafía Arqueológica y Prácticas Sociales. Historia de una unidad doméstica del Oasis de Tebenquiche Chico*. Tesis de Licenciatura. Escuela de arqueología, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca. Ms.

- 2007 Narrar las prácticas del pasado. El potencial narrativo de la estratigrafía arqueológica como representativa de prácticas sociales. *Intersecciones en Antropología* 8: 101-120.
- DANTO, A.  
1989 *Historia y Narración*. Traducción de E. Bustos. Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona.
- DELEUZE, G.  
2013 *El Saber. Curso sobre Foucault*. Tomo I. Editorial Cactus, Buenos Aires.
- DELEUZE, G. y F. GUATTARI  
2004 *Mil Mesetas. Capitalismo y Esquizofrenia*. [1980] Pre-textos, España.
- DERRIDA, J.  
2002 *De la Gramatología*. Editora Nacional, [1967] Madrid.
- EDGEWORTH, M.  
1991 *The act of discovery: an ethnography of the subject-object relation in archaeological practice*. Durham theses, Durham University. Available at Durham E-Theses Online: <http://etheses.dur.ac.uk/1481/>  
2006 *Ethnographies of Archaeological Practice*. Altamira Press, UK.  
2012 Follow the cut, follow the rhythm, follow the material. *Norwegian Archaeological Review* 45 (1): 76-114.
- FOUCAULT, M.  
2002 *Las Palabras y las Cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Siglo XXI, Argentina.
- FRANCIA, T y F. TOLA  
2011 *Reflexiones Dislocadas. Pensamientos Políticos y Filosóficos Qom*. Asociación Civil Rumbo Sur, Facultad de Filosofía y Letra, UBA. Buenos Aires.
- FREUD, S.  
1919 *Obras Completas- volumen 17 (1917-19)*. [1988] Amorrortu Editores, Argentina.
- GADAMER H. G.  
1991 *Verdad y Método*. Editorial Sígueme, Salamanca.
- GNECCO, C.  
1999 *Multivocalidad Histórica. Hacia una Cartografía Postcolonial de la Arqueología*. Universidad de los Andes, Ed Corcas, Bogotá.  
2008 Discursos sobre el otro. Pasos hacia una arqueología de la alteridad étnica. *Revista CS 2*: 101-129.
- HABER, A. F.  
1999 Caspinchango, la ruptura metafísica y la cuestión colonial en la arqueología sudamericana: el caso del noroeste argentino. *Revista do Museu de Arqueología e Etnología* 3: 129-141.  
2011 *La casa, las Cosas y los Dioses. Arquitectura Doméstica, Paisaje Campesino y Teoría Local*. Encuentro Grupo Editor, Córdoba, Argentina.
- HACKING, I.  
1998 *Representar e Intervenir*. Ediciones Paidós Ibérica, España.
- HEMPEL, C. G.  
1950 Problemas y cambios en el criterio [1991] empirista de significado. En *La Búsqueda del Significado*, editado por L. Ml. Valdés Villanueva, pp. 199-219. Editorial Tecnos, Madrid..
- INGOLD, T.  
2011 *Being Alive: Essays on Movement, Knowledge and Description*. Routledge, London.
- JONES, A.  
2002 *Archaeological Theory and Scientific Practice*. Cambridge University Press, Cambridge.
- JOYCE, R. A.  
2002 *The Languages of Archaeology*. Blackwell, Londres.
- LUCAS, G.  
200 *Critical Approaches to Fieldwork*. Routledge, London.
- LATOUR, B.  
2008 *Reensamblar lo Social. Una Introducción a la Teoría del Actor-Red*. Manantial, Buenos Aires.
- MARCUS, G. y M. FISHER  
2000 *La Antropología como Crítica Cultural:*

- un Momento Experimental en las Ciencias Humanas*. Amorrortu Editores, Bs. As.
- MARGULIS, M.  
2006 Ideología, fetichismo de la mercancía y reificación. *Sociedad* 25: 49-85.
- MCDONALD, T. J. (compilador)  
1999 *The Historic Turn in the Human Sciences*. The University of Michigan Press.
- MIGNOLO, W.  
2009 La idea de América Latina (la izquierda, la derecha y la opción decolonial). *CyE I* (2): 251-276.
- NAGEL, T.  
2000 *La última Palabra*. Gedisa, Barcelona.
- NIETZSCHE, F.  
2012 *Más Alla del Bien y del Mal*. Editorial [1886] Alianza.
- O'BRIEN M.J., R.L. LYMAN y M. B. SCHIFFER  
2005 *Archaeology as a Process. Processualism and its Progeny*. The University of Utah Press, Salt Lake City.
- OLSEN, B.  
2010 *In Defense of Things: Archaeology and the Ontology of Objects*. AltaMira, Lanham, MD.
- PAUKETAT, T. R.  
2001 Practice and history in archaeology: An Emerging Paradigm. *Anthropological Theory* 1(1): 73-98.
- PINNEGAR, S. y J. G. DAYNES  
2007 Locating Narrative Inquirí Historically: themathics in the turn to narrative. En *Handbook of Narrative Inquiry: Mapping a Methodology*, editado por D. J. Clandinin, pp. 3-34. Sage, USA.
- PLUCIENNIK, M.  
1999 Archaeological narratives and other ways of telling. *Current Anthropology* 40 (5): 653-678.
- RICOEUR, P.  
1987 *Tiempo y Narración. Tomo I*. Editorial Cristiandad, Madrid.
- 1992 *La Función Narrativa y el Tiempo*. Editorial Almagesto, Argentina.
- 1999 *Historia y Narratividad*. Ediciones Paidós, Barcelona.
- 1996 *Tiempo y Narración. Tomo III. El Tiempo Narrado*. Siglo XXI, Espana.
- SCHIFFER, M. B. y A. R. MILLER  
1999 *The Material Life of Human Beings. Artifacts, Behavior, and Communication*. Routledge, London and New York.
- SCHUSTER, F. L.  
2002 Del naturalismo al escenario postempirista. En *Filosofía y Métodos de las Ciencias Sociales*, compilado por F. L. Schuster, pp. 33-58. Editorial Manantial.
- SHANKS, M.  
1992 *Experiencing the Past. On the Character of Archaeology*. Routledge, London.
- SHANKS, M. y C. TILLEY  
1987 *Social Theory and Archaeology*. Polity Press, Cambridge.
- SMITH, L. T.  
1999 *De-colonizing Methodologies. Research and Indigenous Peoples*. Zed Books & University of Otago Press, Dunedin.
- THOMAS, J.  
1996 *Time, Culture and Identity. An Interpretative Archaeology*. Routledge, London.
- TILLEY, C. (compilador)  
1991 *Reading Material Culture: Structuralism, Hermeneutics, and Post-Structuralism*. Basil Blackwell, Oxford.
- TOZZI, V.  
2011 Introducción. En *Giro Lingüístico, Teoría Literaria y Teoría Histórica*, editado por F. Ankersmit, pp. 1-14. Prometeo Libros, Argentina.
- VIRNO, P.  
2004 *Palabras con Palabras. Poderes y Límites del Lenguaje*. Paidós, Barcelona.
- WALLACE, J.  
2004 *Digging the Dirt. The Archaeological Imagination*. Duckworth, Londres.

WATSON, P. J.

1973 The future of archaeology in anthropology: culture history and social science. En *Research and Theory in Current Archaeology*, editado por C. L. Redman, pp. 113-124. Wiley, New York.

WEBSTER, G. S.

1996 Social Archaeology and the irrational. *Current Anthropology* 7(4): 609-628.

WHITE, H.

1978 *Tropics of Discourse*. The Johns Hopkins University Press, Baltimore.

1992 *El Contenido de la Forma. Narrativa, Discurso y Representación Histórica*. Ediciones Paidós, Barcelona.

2003 *El Texto Histórico como Artefacto Literario*. Ediciones Paidós, Barcelona.

2011 La Posmodernidad y las ansiedades textuales. En *La Ficción de la Narrativa, Ensayos sobre Historia, Literatura y Teoría*, editado por Hayden White, pp. 517-538. Editorial Eterna Cadencia.

WITMORE, C. [inédito]

s/f Archaeology and the Second Empiricism. En *Archaeology into the 2010s.*, editado por F. Herschend, C. Hillerdal y J. Siapkas. Texas Tech University. [http://www.academia.edu/1212007/Archaeology\\_and\\_the\\_Second\\_Empiricism](http://www.academia.edu/1212007/Archaeology_and_the_Second_Empiricism)

WITTGENSTEIN, L.

2004 *Investigaciones Filosóficas*. Editorial Crítica, [1958] Barcelona.